

Reflexiones en torno de la estética del desnudo en la fotografía

—FRANCISCO GUZMÁN MARÍN

“La visión estética frente a un desnudo radica en el movimiento del cuerpo”

— DANAÉ VÁZQUEZ

A lo largo del devenir histórico y del desarrollo de todos los extractos socio-civilizatorios, el cuerpo humano constituye el objeto más explorado por las diversas experiencias estéticas del arte: las posibilidades de su forma en la escultura, la cromática textura de sus geografías en la pintura, el tempo musical adviniendo movimiento en la danza, la histriónica metamorfosis de la alteridad en la actuación, legajo del deseo traducido en crónica literaria, metafórica revelación de lo imposible en la poesía, encuentro de percepciones en la fotografía, perpetua memoria narrativa en el cine, voluptuosa cadencia presentida en la música. Experimentar el cuerpo nos dice y nos denuncia; cuerpo propio, cuerpo ajeno, territorio siempre por descubrir.

*Recorrer un cuerpo en su extensión de vela
es dar la vuelta al mundo
atravesar sin brújula la rosa de los vientos
islas golfos penínsulas diques de aguas embravecidas
no es tarea fácil –si placentera–
no creas hacerlo en un día o noche de sábanas explayadas
hay secretos en los poros para llenar muchas lunas...*

Nos advierte la siempre rebelde sandinista y después, también, ex-sandinista, trans-sandinista, para-sandinista. El cuerpo es inagotable en su exploración estética, ilimitado en su representación artística. Cuerpo incógnito, revelado, anónimo, personificado, cosificado, denunciado, encubierto, satirizado, sublimado, evocado, olvidado, presentido, imaginado. El cuerpo resiste toda interpretación, toda forma de representación, todo medio de expresión; pero, aun así, nunca termina revelándose por

completo; persiste siempre un atisbo de misterio, un arcano que rehúye la absoluta develación estético-artística. El cuerpo silencia <<secretos en su lasciva mundanidad para llenar infinitos versos, trazos, imágenes, alegorías, vibraciones, ritmos transfiguraciones>>.

No es demasiado arriesgado aventurar que la estética del cuerpo en el arte, denuncia el estado social de una época y anticipa el advenir de nuevas resoluciones socio-políticas; los temores más profundos, los deseos por explorar, los dogmas que dominan, las nuevas teologías a erigir. Cuerpos reprimidos, encadenados, disciplinados, silenciados, ocultados, condenados; cuerpos abiertos, liberados, anarquistas, estridentes, descubiertos, absueltos. El límite entre lo obsceno y lo sublime, lo procaz y lo soberbio, lo lascivo y lo exquisito, lo pornográfico y lo erótico, lo impúdico y lo sensual, es tan evanescente en el arte, que depende del encuentro narrativo de los demonios y las divinidades que habitan las experiencias del artista y el espectador, en su testimoniar el cuerpo.

En esta perspectiva, ahí donde el fanatismo moralista desenmascara ofensa para la sanidad del alma, Miguel Ángel Buonarroti trazó la idealización estética de la forma humana; cuando el indignado pudor doctrinario denuncia impudicia, Egon Schiele dispone lances de erotismo descarnado para el mirar expresionista; en donde la conservadora sensibilidad evangelista del humanismo redentor acusa pornografía, Jock Sturges revela el casto florecimiento desinhibido del pausado despertar del cuerpo a la sexualidad; y cuando la justa cólera del hombre recto, de la mujer honrada, a nombre de la higiene pública, levanta el vengador martillo, la preventiva palabra, el justiciero cuchillo, el desfacedor ácido, en fin, la primera piedra libre de pecado, el arte encuentra siempre profusas vetas para develar el cuerpo, más allá del anatema religioso, de la condena social, de la censura política.

El moralista, como el *Dios de los Muchos Rostros*, el *Desconocido*, *Loki* el *Dios de las Mil Formas*, se emboza tras cualquier argucia, detrás de toda máscara, conservadora o liberal, para preservar el doctrinario código moral que mantiene

en secrecía, las misteriosas pulsiones de la abierta geografía del cuerpo, contenidos los intemperantes instintos que acechan en cada uno de sus desérticos territorios, clausuradas las indeterminadas provocaciones de sus mundanas formas. Intransigente sacerdote, activo defensor de los derechos humanos, acérrimo militante feminista, altruista paladín de las buenas costumbres, acuciado por sus inconfesables terrores nocturnos, a su impotencia, abogará siempre por la única dignidad posible del cuerpo, la oscuridad que le recluye al silencio, que enmudece sus inquietantes incitaciones. Para el dogmatismo moral, la dignidad del cuerpo se reserva en la humildad de ocultar sus sugestivas formas, tras el velo, el turbante, pantalón, sotana, túnica, niqab, chador, hiyab, la burka; mientras que desde la desnudez el cuerpo acusa vulgaridad, lujuria, procacidad, obscenidad, pero, su peor deshonestidad, es que el cuerpo desnudo instiga a desear. La desnudez hace hablar al cuerpo y nos desafía a responder, desde los abismales deseos de nuestros poros.

El arte se realiza en este sensible diálogo franco que provoca y resiste, grita y calla, apertura y contiene, libera y encadena, devela y oculta. A despecho de la reflexión filosófica y del historiar tradicional, el arte no es la obra en sí misma, ni tampoco la colección clasificada de sus vestigios; pueden destruirse los objetos estético-artísticos, sustraerse del impulso compilador, transformarse en evanescentes sombras, derruirse en el polvo: el *Zeus* y la *Atenea* de Fidias, *Leda* de Da Vinci, *La Danza de la Muerte* de Niklaus Manuel Deutsch, *El Pintor* de Picasso, *El Hombre en el Cruce de Caminos* de Rivera, entre otras muchas más, pero el arte persiste en su dialogar sensible. De hecho, el arte, su dialogar perenne, crea al artista, la obra, el espectador y la comunidad dialogante: filósofos, historiadores, críticos, comerciantes, curadores, restauradores y, aún, traficantes; aunque ninguno de ellos sea coetáneo entre sí. La temporalidad del arte es el tiempo de la simultaneidad histórica, la convergencia fenoménica, la coexistencia ontológica; la totalidad del arte no deviene de su fijación en el tiempo, a la manera de la fiesta gadameriana, ni siquiera de su existencia fáctica, sino de la confluencia de todas las épocas que producen el diálogo estético-artístico. El arte hace converger las afinidades sensibles del devenir de la historia.

Alguna vez, por otra parte, en su intemperante vocación metafísica, los filósofos legislaron que el verdadero arte simula, imita, representa, copia a la realidad, cuando no idealizada y/o formalizada; en consecuencia, los artistas se avocaron a la depuración técnica de las distintas formas de la reproducción de lo real. La tecnología gana la partida y con el advenimiento de la fotografía se anticipa la inevitable muerte de la senil pintura, la ineludible extinción de los ya decrepitos pintores, quienes desafían la fatal condena y renuevan la señera tradición imitativa, con el hiper-realismo; calco fiel, minucioso, detallista, pormenorizado, preciso de los objetos reales, siempre revestidos de una cierta aura de mayor realidad que los propios objetos imitados. Pero, el arte no imita nada, ni siquiera a sí mismo, y aun el propio hiper-realismo produce hiper-realidades que desbordan la intensidad de la realidad emulada; así, la pintura dispone de nuevos lances de experiencia sensible y prosigue tramando diálogos estético-artísticos, tan plena de jovialidad creadora y sensible vitalidad, como siempre, como nunca.

En este mismo sentido, la fotografía no constituye un simple registro reflejo de lo real, pues, ni siquiera el espejo es neutro en su reflejar. El arte fotográfico tampoco se resuelve en la mediación tecnológica, ni en la simple intervención técnica del revelado y/o la edición del fotograma. La mediación tecnológica de la cámara fotográfica no es, de ningún modo, dispositivo neutro, maquinaria imparcial; todo lo contrario, dispone posibilidades performativas de comunicación específica con los objetos de la realidad. La cámara, en su mecánica o digital resolución óptica, se encuentra lejos de registrar lo que el ojo humano ve, mira, observa, que la percepción humana no se reduce al simple fenómeno físico de la refracción de la luz, sino que comporta siempre sentidos, significados, experiencias, deseos, temores, formas de habitar la vida; pero, en su impersonal maquinaria, a causa de su particular disposición tecnológica, la cámara establece mediaciones para el dialogar sensible de la mirada humana. La cámara no es un simple canal de comunicación, participa también de dialógico mirar.

El objeto, desde su indiferente existencia, interpela, demanda, provoca, apremia; el fotógrafo responde aperturando, cerrando o clausurando sus recuerdos, deseos, pulsiones, intenciones; y la cámara, en su impersonal maquinaria, propone posibilidades, reclama condiciones, dispone concreciones y media los encuentros y desencuentros dialógicos entre el objeto que se explora, la subjetividad exploradora y el argumento estético-artístico resultante del diálogo sensible. El arte fotográfico deviene de este dialogar sensible entre el objeto, la cámara fotográfica y el fotógrafo; el trabajo técnico de revelado y edición del fotograma tan sólo depura, enfatiza, afina, acentúa los poéticos argumentos de la fotografía; las nuevas miradas, luego, perfiladas ya desde el diálogo primero, constituyen nuevas argumentaciones apostillas, críticas, extensivas, descriptivas, exploradoras, detractoras, panegíricas y..., también, los silencios cómplices, perplejos o adversarios. Qué todo fenómeno estético-artístico dispone su propia comunidad de diálogo sensible y en eso radica la diferencia fundamental entre el arte y cualquier otra producción humana.

En la fotografía del desnudo humano, los argumentos del diálogo sensible se intensifican, avivan, radicalizan, extreman, porque no se trata de un objeto ajeno a nuestro propio sentir, sino de un cuerpo solidario que comparte nuestros miedos más recónditos, apetencias inconfesadas, repulsas negadas, perversiones codiciadas, fantasías reservadas para la inimputabilidad del sueño. El cuerpo humano en su sincera desnudez, es el cómplice más íntimo de los secretos instintos que navegan las abisales profundidades de nuestra corporeidad; desde sus formas sugerentes proyecta a nuestra mirada, la intimidad de sus deseos, y conmina a nuestro ser deseante a proyectar sobre sus abiertas intensidades, las pulsiones que encauzan nuestra mirada. El desnudo fotográfico compromete a nuestra sensibilidad corporal a dialogar directamente; no es posible permanecer imparcial ante la desnudez de la forma humana; se rechaza, se desea, ofende, ansia, o idealiza, pero nunca se aprecia de manera neutral. La fotografía del pistilo o del estambre no nos provoca, aunque genitales también, pero, *El Origen del Mundo* de Gustave Courbet, o la reproducción 3D de

los genitales de Megumi Igarashi, alias, *Rokudenashi-ko*, demanda alianza cómplice o repudio fanático, mas nunca imparcialidad.

La complicidad es el ethos mismo en que se origina el desnudo fotográfico. El cuerpo que modela, ya como respuesta a la imperiosa incitación del fotógrafo, o en cuanto florecer de su propia seducción; la luz que juega a realzar las indescifrables texturas claro-oscuro de sus sibilinas geografías, el orbe revelado, el cosmos presentido, la encubierta cosmogonía; el escenario que enmarca sus insinuantes imposturas, inocencia, perversidad, indiferencia, ausencia, ingenuidad, pudor, descaro, picardía, connivencia; la cámara que dispone los ángulos de percepción, las posibilidades estéticas de la imagen, las sensibilidades invocadas, las afectividades desafiadas; y desde luego, el retratista que orquesta la confabulación de desnudar el cuerpo, registrar en tinta y folio el primer argumento poético de la desnudez, pero no contento con ello, aún se atreve a persuadir a otros, a sumarse al contubernio estético-artístico, o quizás sólo a coludirse en la concupiscente conspiración. ¡Ah, no podemos olvidarlo!, en este dialógico conciliábulo participan, sin decoro, medios sociales de intelectual difusión artística, dossiers, revistas, libros, galerías, museos. Pero, a fin de cuentas, ya prefigurados en la poética conjura inicial de la fotografía, el bando de cada quien lo decide la vigorosa o enferma sensibilidad de cada interlocutor, que decida participar de la sugerente provocación del diálogo estético-artístico. A tal complicidad les convoco, desde la experiencia personal de estos primeros desnudos femeninos, deviniendo ser fotografía. ▼

Fecha de recepción. 18 de Abril 2018

Fecha de aceptación. 18 de Mayo 2018